

1994: ¿Más sorpresas?

VÍCTOR E. CALDERÓN

El año de 1993 llega a su **fin** y, como es costumbre, esta hora final propicia la evaluación personal y colectiva de lo acontecido en los últimos 12 meses. Hay mil ángulos que pueden ser abordados en busca de esa interpretación de la realidad. Los asuntos internacionales no son la excepción. El mundo vivió este año innumerables episodios y procesos, algunos tan esperanzadores como la firma de los acuerdos entre Israel y la Organización para la Liberación Palestina (OLP), y otros tan aterradores como la renovada e ignorada guerra civil en Angola, el fracaso de la restauración democrática en Haití, la crisis de Somalia y la guerra en Bosnia-Herzegovina.

De todo el torrente de acontecimientos y procesos sucedidos en el año que termina, hay uno que quisiera destacar: el evidente movimiento pendular de las tendencias políticas en sentido diverso al que caracterizó a la década de los ochenta, y que tuvo como climax el derrumbe del socialismo real en Europa y la desaparecida Unión Soviética.

Dicho en otras palabras, pareciera que la revolución conservadora que impulsaron en su momento Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos, y que se proyectó con fuerza a lo largo y ancho del planeta, pierde fuerza y cohesión.

No se puede generalizar, claro está, y todavía se encuentran casos en todos los continentes en los que el mercado como religión y las privatizaciones como liturgia se manifiestan con fuerza. Lo que es más, muchas de las transformaciones son irreversibles. Pero para desgracia de Francis Fukuyama, aquel del fin de la Historia, y de sus muchos seguidores, tal parece que la dialéctica irrumpe de nueva cuenta en el entendimiento y registro de la realidad.

Dos triunfos, dos sorpresas

Curiosamente, el proceso que aquí se sugiere no empezó en 1993 sino a fines del año anterior, concretamente el 4 de noviembre del año pasado, cuando alrededor del 60 por ciento de los estadounidenses en capacidad de votar fueron a las urnas y, para sorpresa de muchos, dieron el triunfo al candidato demócrata William Clinton, el hasta entonces poco conocido gobernador de Arkansas.

A pesar de que su triunfo no tuvo una contundencia histórica, fue incuestionable, y para muchos fue más bien la derrota de los republicanos que llevaban 12 años en el poder. Clinton ganó montado en la promesa de restaurar al menos parte del *Estado benefactor*, duramente golpeado por la severidad neoliberal de los republicanos que ocuparon la Casa Blanca por más de una década.

El resultado de las elecciones estadounidenses de 1992 fue para muchos una gran sorpresa que sería seguida por otras. Se vale pensar en otro caso, de lectura más compleja, pero que a pesar del debate válido y necesario, para diversos observadores se enmarca en la misma línea.

Se trata de España. En ese país las elecciones del 6 de junio dieron al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) un cuarto periodo al frente del gobierno. Encabezado por Felipe González, el partido logró una victoria que sorprendió incluso a muchos de sus militantes y simpatizantes. El PSOE temía perder, consciente de que el rigor de sus programas de ajuste económico antes impensables en un partido socialista, habían lastimado a muchos sectores de su base.

Mas hay que recordar que la campaña del PSOE se fincó en la promesa de "cambiar dentro del cambio" por ellos encarnado, de rectificar el rumbo y de reencontrarse -eso sí, bajo nuevas circunstancias- con las preocupaciones sociales que dan sentido al socialismo.

Los socialistas españoles no desperdiciaron la oportunidad de acusar a su principal retador, el Partido Popular (PP), de ser "la derecha de siempre", y de pretender *apretar*, todavía más, *las tuercas* de la concentración de la riqueza y el desamparo social. El PP ha resentido desde entonces lo que considera manipulaciones y calumnias de parte de "la izquierda de siempre", pero -cual debe ser- respetó el veredicto de las urnas.

Los casos clave

Hay un tercer caso que reviste especial significación. Se trata de Polonia. Sobre Estados Unidos y España puede afirmarse que la alternancia o cambio de rumbo en el poder son hechos naturales o nada nuevos. Pero Polonia no. Ese país, hay que recordarlo siempre, fue la cuna del movimiento anticomunista europeo. El sindicato *Solidaridad*, apoyado por la poderosa Iglesia polaca, cuyo mayor y más activo dirigente es el papa Wojtyła, apareció en escena mucho antes que la *perestroika* y la *glasnost* del soviético Gorbachov.

Polonia fue la punta de lanza del colapso del comunismo, fue la bandera y ejemplo de muchas víctimas del "socialismo real", de los convencidos de la necesidad de progresar, y también de los cruzados de los valores "occidentales" de mercado y democracia representativa, cuyas intenciones fueron y son

cuestionables.

Por ello, las elecciones del 19 de septiembre de este agonizante 1993, que dieron un triunfo contundente a la izquierda originada en el *ancienne régime* polaco, fueron un golpe devastador para el mito altamente ideologizado del fin de la Historia.

A partir del resultado electoral polaco hay quien piensa que el *efecto dominó* puede revitalizar a las izquierdas en la Europa del Este, recién desprendida del comunismo. Es peligroso aceptar la idea de los procesos automáticos, a pesar de que en 1989 el derrumbe del comunismo se extendió como hongo en esa parte del mundo.

Más no puede echarse en saco roto el caso polaco, porque la consolidación de la democracia electoral ha permitido que en ese país las fuerzas sociales y políticas se manifiesten en su enorme complejidad, y marquen los necesarios límites al proceso de transformación al capitalismo que ha tenido un alto costo social. Y ello no tiene por qué ser exclusivo de Polonia. Ya antes, en 1992, con menos ruido por razones diversas, se produjo un resultado electoral similar en Lituania, una de las tres repúblicas bálticas ex soviéticas.

El año de 1993 también vio la afrenta al neoliberalismo en Grecia. Esa nación es considerada una de las más pobres de la Comunidad Europea, si no es que la más, y a consecuencia de esa pobreza es que las políticas de ajuste y reconversión, aplicadas con poca sensibilidad y mucha corrupción durante el gobierno de Konstantín Mitsotákis, tuvieron un costo social tan alto.

Ello se manifestó en las urnas el 10 de octubre, cuando de entre las ruinas y los muertos políticos resucitó el anciano y denostado ex primer ministro Andreas Papandreu, quien obtuvo una muy cómoda mayoría parlamentaria para su Partido Socialista, el PASOK.

El triunfo socialista en Grecia despertó no pocas preocupaciones entre los socios comunitarios de ese país, conscientes de que a pesar de su mejor situación económica, tampoco han encontrado una respuesta al desempleo y el deterioro social generalizado que se han manifestado en resistencia y en demandas de que en verdad se dé un sentido social, y no sólo de mercado, al proyecto comunitario.

Sobre esta línea de pensamiento hay un último caso que debe quedar consignado. Se trata de Canadá. El 25 de octubre fue una jornada electoral histórica, si se considera que los conservadores que llegaron al poder al calor de la revolución Thatcher-Reagan, en 1984, desaparecieron del mapa político.

Perder la mayoría parlamentaria es algo que le puede pasar a cualquiera. Pero pasar de 155 a dos escaños es un acontecimiento que no ha podido ser suficientemente explicado.

Sea como fuere, en Canadá sucedió algo parecido a lo de Estados Unidos en noviembre de 1992: ganó el partido que prometió retomar el interés social, generar empleos y garantizar programas de salud. El triunfo correspondió al Partido Liberal de Jean Chrétien, quien no ocultó su recelo ante las formas que ya tenía el libre comercio con Estados Unidos, y las que se veían venir con ese país y México. Según Chrétien, lo malo no es el libre comercio, sino que se le estructure de tal manera que los beneficiarios sean demasiado pocos y a expensas de las mayorías de cada nación.

Una cosa debe quedar clara, y es que los resultados de los comicios canadienses obedecieron poco al libre comercio o a cualquier asunto de política exterior, y mucho a las preocupaciones internas, relacionadas con la seguridad social, tan denostada en los últimos años.

La incertidumbre del futuro

Ahora bien, nadie en su sano juicio puede pensar que en los casos mencionados habrá un retorno al tipo de Estados y gobiernos de los años sesenta y setenta. Aun cuando hubiera fuerzas políticas que así lo pretendieran, ello se antoja imposible. Los cambios estructurales, las variaciones económicas, la revolución tecnológico-laboral, la marcada globalización, los cambios demográficos y educativos, y el fortalecimiento de los sectores de poder deben ser vistos como las nuevas circunstancias que imposibilitan la vuelta al pasado.

Esto lo han reconocido los nuevos gobernantes de los países mencionados: Clinton, el PSOE, el gobierno izquierdista de Polonia, por supuesto los liberales de Canadá y hasta el mismísimo Andreas Papandreu, otrora radical de izquierda, buscan la forma de aprovechar los beneficios de las reformas estructurales que eran en muchos sentidos indispensables, aunque dándoles un giro que responda al clamor de sus distintos electorados.

De ello puede desprenderse una conclusión, y es que el camino a seguir es una incógnita no exenta de peligros. Parece, y esa es la tesis de este texto, que la preocupación por lo social irrumpe de nuevo en el reto que deben asumir los gobiernos de países poderosos y/o representativos. Pero no hay certeza acerca de la manera de abordar esas preocupaciones, ni garantía de resultados.

También debe considerarse que esta tendencia no es universal. Se ha hablado apenas de un puñado de países, cuando en el mundo hay casi 200. Allí están como ejemplo de otras corrientes Francia y Japón, dos enormes potencias, donde por razones diversas y en sentidos distintos el triunfo electoral más reciente correspondió a los defensores del mercado casi puro y del desapego al *Estado benefactor*.

Aparenta ser válida la hipótesis sobre la insuficiencia del mercado como eje de las diversas interacciones nacionales, y el reflejo de ello en las urnas, teniendo como resultado una realidad más compleja. Finalmente, hay que considerar que 1994 será un año de actividad electoral extraordinariamente intensa en América Latina. Desde México hasta Chile habrá elecciones en una decena de países y, evidentemente, para los

mexicanos será de especial interés observar si en el continente se consolida una nueva vocación, como sucedió con la de los ajustes neoliberales, o si hay una posible atomización de proyectos nacionales. Ello podría ser objeto de comentarios dentro de exactamente un año.